

Se dijo que su padre y ella habían sido cautivados, que más tarde habían podido escaparse á las posesiones que tenia Portugal en Africa, que allí se habia enriquecido Vasconcellos, y que al morir habia dejado á su hija infinitas riquezas, que llevaba á Lisboa para pasar en la opulencia el resto de sus dias.

Blanca quiso ocultar á todo el mundo sus amores con Almanzor, y sólo confió á fray Bartolomé la verdadera historia de su vida.

Esperaba de un momento á otro la llegada de su hijo, que le habia ofrecido antes de partir que iria á reunirse con ella.

Pero necesitaba en Lisboa una persona de confianza que pudiese administrar sus intereses y convertir en oro aquellas ricas joyas que en tantos años habia atesorado Almanzor, y le habia dado para que con ellas deslumbrase en Lisboa á las mujeres más distinguidas de la corte.

Nadie mejor que Américo Vespucio para desempeñar el cargo de mayordomo, secretario y agente de Blanca.

Fray Bartolomé pensó en él, y le propuso á Blanca.

La proposicion fué aceptada.

Capitulo LXXVI.

Ventajas de no dejarse seducir por las malas tentaciones.

Américo Vespucio entró al servicio de Blanca, y simpatizó tanto con ella, que no tardó en confiarle una gran parte de sus proyectos para que le secundase.

Ignoraba aún el jóven la importancia del tesoro que poseia su ama; pero de todos modos, se prometia encontrar en su generosidad la base de la fortuna que necesitaba para cumplir la promesa que habia hecho á su hija.

Aún no hacia un mes que estaba al servicio de la esposa de Almanzor, cuando llegó Isabel á Lisboa, le buscó y le anunció la desaparicion de su hija.

Esta noticia le consternó.

En cierto modo no necesitaba ya asegurar el porvenir de Esperanza, porque habiéndosela llevado en

su compañía don Alfonso, habiendo descubierto la verdad, claro era que la dispensaría la protección que desde el principio se había propuesto ofrecerla y la dejaría todos sus bienes al morir.

Pero le indignaba que su hija debiese el bienestar á aquel hombre; le indignaba más aún que hubiera podido arrebatársela, y en vez de desistir de su empeño, se propuso adquirir lo más pronto posible los medios eficaces para sacar á su hija del poder de don Alfonso, y llevar á cabo sus anteriores proyectos.

Isabel regresó á España, como saben mis lectores, apenas supo por Américo Vespucio los proyectos de Fonseca y de los enemigos de Colon, y poco después, habiéndole confiado Blanca, por estar ya segura de su completa fidelidad, que esperaba á su hijo, y que estando resuelta á no volver al lado de su esposo quería vender las ricas joyas que tenía para emplear en tierras ó en otros bienes el importe de aquellas inútiles alhajas, le encomendó que partiese con ellas á venderlas á Italia, Francia ó España.

Bajo la seguridad de su buena fé, no tuvo inconveniente en entregarle joyas por valor de muchos ducados.

El viaje debía durar dos meses á lo sumo.

—Si en este tiempo muero,—le dijo en presencia de fray Bartolomé, entregad el importe de las joyas á este venerable sacerdote, porque él sabrá dónde está mi hijo y hará llegar á sus manos la herencia de su madre.

Un mal pensamiento se apoderó de Américo Vespucio.

Al contemplar las joyas que debía ir á vender al extranjero, la fiebre se apoderó de él.

Con el producto de aquellas alhajas podía realizar sus designios.

Pero al mismo tiempo iba á cometer una felonía, y jamás había cruzado por su imaginación la idea de ser criminal de aquel modo.

Sin embargo, creyó poder dominarse y aceptó el encargo.

Partió en un buque con el carácter de mercader, y fué directamente á Génova.

Pensaba realizar en Italia aquellas ricas joyas, vendiéndolas á los más principales señores.

Vendió, en efecto, muchas en las grandes poblaciones que recorrió; pasó á Francia, pero su viaje tuvo que prolongarse mucho más de lo que había proyectado.

Las comunicaciones eran muy tardías, y anunciaba en todas sus cartas la dificultad que encontraba para vender joyas de tanto precio, y su resolución de no volver hasta haberlas realizado todas, á no ser que le diesen órdenes contrarias.

Aunque anunció al llegar á Francia el punto donde podría dirigirle su ama las órdenes que creyera oportunas, permaneció muchos meses sin saber nada de él ni del magnífico tesoro que le había confiado.

La calentura no le abandonaba.

Desde el momento en que salió de Lisboa vivía en una continua lucha.

—¿Si habrá muerto mi ama?—se decía.—¿Si también habrá sucumbido su hijo? Pero en este caso, fray Bartolomé, que era su confidente, me habría escrito comunicándome su última voluntad.

Permaneció perplejo algún tiempo más, y al cabo de él recibió una carta de fray Bartolomé, cuyo contenido voy á trasladar.

Decíale el venerable prior que doña Blanca había tenido que partir precipitadamente á la costa de Berbería, y que le había encargado que al regreso de Américo recogiese el producto de la venta de las alhajas y lo guardase hasta su vuelta.

Aquel precipitado viaje de Blanca había sido motivado por la llegada de un cautivo, á quien Almanzor había puesto en libertad, el cual se había comprometido á buscar á Blanca para entregarla una carta de su hijo.

En esta carta le decía el jóven que su padre se moría, y antes de espirar deseaba ver á su esposa para despedirse de ella.

El jóven no pedía escaparse del autor de sus dias en aquella situacion sin cometer una infamia.

Blanca partió, pues, á dar el último adios á su esposo, y confiando siempre en la honradez de Américo Vespucio, se prometió volver con su hijo á disfrutar en su compañía del producto de aquellas ricas joyas.

No tardó Blanca en realizar su proyecto.

Almanzor espiró en sus brazos, y con nuevas al-

hajas y monedas partió Blanca en compañía de su hijo, encaminándose á Lisboa.

Al mes de su llegada recibió una carta de Américo, en la que le avisaba que se ponía en camino para Lisboa.

Lo que había luchado Américo en aquel tiempo, no puede describirse.

Al temor de que en los viajes pudieran salir á su encuentro los salteadores y desbalijarle, unia el deseo de utilizar aquella fortuna en su beneficio, con ánimo de emplearla en empresas lucrativas que pudieran facilitarle los medios de devolverla, dejándole, cuando ménos, lo suficiente para alcanzar con nuevas negociaciones la realizacion de sus deseos, y otras, jugando el todo por todo, diciéndole á cometer un robo.

Pero siempre triunfaba su gratitud, su rectitud, su honradez, y al llegar á Lisboa para entregar á Blanca una cantidad superior á la en que antes de su salida se habían valuado las joyas, prefería el triunfo de su virtud al bastardo logro de sus fines.

Este comportamiento le hacia acreedor á un premio, y Blanca le otorgó el galardón que merecía.

—Me habeis dado la mayor prueba de lealtad y de honradez que puede esperarse de un hombre,—le dijo,—y quiero á mi vez demostraros que no soy ingrata. Decidme cuáles son vuestras aspiraciones, porque segun me ha indicado fray Bartolomé, teneis que cumplir en el mundo una mision importante, y si pudiera facilitaros los medios de cumplirla, experimentaríais una verda dera satisfaccion.

Américo reveló su secreto á Blanca.

Por entonces llegó á sus manos una carta de uno de los agentes de Fonseca, en la que le decia que podia volver á España, porque se habia levantado el destierro á los demás y era allí necesaria su presencia.

Américo Vespucio era, además de un hombre de corazon, un hombre de inteligencia y actividad.

El comercio, la navegacion le entusiasmaban, y se habia dicho muchas veces:

—Si yo encontrara medios de fletar un buque para hacer descubrimientos, sacaria más partido que Colon de mi suerte.

En aquellos momentos ignoraba que más tarde, cuando realizase sus proyectos, habia de tomar su nombre aquella rica y virgen parte del mundo, en donde el primer europeo que habia colocado su planta habia sido Colon.

—Confíadme, señora,—dijo á Blanca,—en calidad de préstamo ocho ó diez mil escudos; con ellos llevaré á cabo una empresa que he proyectado, y yo os ofrezco devolveros esa cantidad antes de diez años, quedando siempre en mi alma la más profunda gratitud por tan señalado beneficio.

Blanca accedió á sus deseos, y le entregó la consabida cantidad, relevándole del pago de ella si sus empresas salian mal.

Partió entonces Américo de Lisboa, y se dirigió á Sevilla.

La factoría del duque de Médicis estaba poco ménos que abandonada.

Conocia los negocios, y aun en pequeña escala, su actividad y su talento le hicieron duplicar su fortuna en breve tiempo.

Pudo adquirir un navío mercante, le envió á las Indias, y los productos de aquel viaje le enriquecieron de tal modo, que pudo antes de un año devolver á Blanca los diez mil escudos que le habia prestado y aparecer en Sevilla como uno de los mercaderes más afortunados.

Gozaba en sus medros el obispo Fonseca, porque sabia cuáles eran sus aspiraciones, y estaba muy resuelto á apoyarlas, en la seguridad de que con ellas mermaria la reputacion del almirante.

—Es un audaz marino,—se habia dicho Fonseca;—intenta, imitando á Colon, emprender un viaje de descubrimientos, y si le favorece la suerte, pronto se eclipsará la estrella del conquistador de la Española. El mundo es así; el astro que aparece eclipsa el brillo del que lucia antes que él en el espacio.

La llegada de Ojeda á España le animó más y más en este proyecto.

Ojeda era un capitán valiente, arrojado, ambicioso de gloria.

Por alcanzar triunfos más insignificantes que el que obtendria siendo émulo de Colon, habia expuesto su vida muchas veces.

Apenas llegó á España, celebró con él una entrevista, despertó su amor propio, y como ya de antemano habia obtenido de los reyes una cédula permitiendo á todos los que fletasen por su cuenta buques,

con ciertas condiciones útiles para el tesoro, emprender viajes de exploración, puso de acuerdo á Ojeda y á Américo Vespucio, les facilitó las últimas noticias que habia enviado Colón, los descubrimientos del Golfo de Paria, y las perlas que tambien habia enviado el almirante, mandó sacar copia de los mapas, se los entregó, y con estos elementos no vaciló Américo Vespucio en arriesgar toda su fortuna y su crédito en aquella obra.

Firmó, pues, un acto con Ojeda, comprometiéndose á tener dispuestos cuatro buques á principios de Mayo de 1499 para emprender un viaje de descubrimientos, estipulando las bases de aquella empresa.

Ebrio de gozo Américo porque se realizaban sus designos, porque veia próximo el dia en que podria presentarse á reclamar á su hija y ofrecerla una fortuna superior á la que abandonaba, emprendió la expedición con verdadero entusiasmo, olvidándose de que iba á hollar los derechos del almirante, y de que siendo su compatriota y habiendo sido su protector, iba á llenar de amargura los últimos dias de la vida de aquel gran hombre.

Los buques se pusieron en camino, siguieron el Golfo de Paria, como he indicado ya, con bastante buen éxito, y tocaron en la costa de la Española para reponerse y adquirir provisiones.

Veamos ahora cuál fué la determinación que tomó Roldán al saber el objeto del viaje de Ojeda y Américo Vespucio, y el poco prestigio que tenia ya en la corte el almirante.

Capítulo LXXVII.

Intrigas.

Devorando en secreto su amargura, aguardó Colón á que Ojeda cumplierse su promesa para saber á qué atenerse de una manera clara y terminante.

Pero su promesa habia sido un pretexto para evitar las complicaciones que hubiera podido suscitar el carácter intrigante y audaz de Francisco Roldán, y en vez de encaminarse á Santo Domingo cuando tuvo provisiones y mejoró el estado de sus buques, se encaminó á la costa de Xaragua, en donde desembarcó, siendo recibido con entusiasmo por los españoles.

Entre los que guarnecian aquel departamento se hallaban muchos de los rebeldes que estaban descontentos de Roldán, porque les habia abandonado y que